

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

“El solar de los gatos”

Antonio Bravo



Digitalizado por Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

El solar de los gatos

Supo que el verano había llegado para quedarse cuando, a despecho de las advertencias del hombre del tiempo, descorrió una de las ventanas de la terraza, miró por encima de la colmena de bloques, intuyó un sol en retirada y respiró hondo el fermento tibio de la tarde.

Era un olor ambiguo, una mezcla de jabón, sal marina y cañería removida, esa putrefacción tenue y solemne que uno imagina tras los reflejos del agua en un Canaletto, ese abigarramiento de luz, color, vida y mugre que se esconde en los ángulos muertos del maestro pero que sin duda podían columbrarse en los recodos del barrio: la calle de los negros, con su *african food*, su *italian and spanish fashion*, sus locutorios, tascas, pisos derrengados y rincones secretos, iluminados por voces y palabras indescifrables; Las zapaterías, mercerías, jugueterías, sucursales de banca, chinos del todo a cien, moros del todo a cien, cristianos del todo a cien, quioscos, panaderías, pastelerías, peluquerías y bares atestados de viejos dilatando con engaños sus pensiones de miseria; el griterío sempiterno, el bullicio del chavalerío, aguerridos merdellones curtidos por el sol de Huelin, avizores, sagaces, sus motillos zigzagueando entre las aceras y plazas, entre los coches que atestan el camino de San Rafael y de La Unión, las risotadas escandalosas, algún hijoputa milagrosamente vocalizado entre la confusión de los "cómeme la polla, canijo", ¡baja pa bajo, niña! ¡Anda ya! ¿Sabes viejo?" no me digas" y demás exhuberancias que salpicaban como cristales rotos en las plazas cercadas de bloques.

Y al fondo, por encima del follaje de antenas y de las azoteas, más allá de los garabatos dibujados por golondrinas y gorriones, Los Montes: su silencio verde, su geometría limpia recortada en lo oscuro del ocaso, su simetría sin ladrillos ni

arquitectos, sin cristales escupiendo las últimas esquirlas de luz del día, sin niñatos gritando, coño, dijo, antes de que su madre lo escuchara y recordara lo majareta que estaba, hablando solo como los locos, lo mucho que se parecía a su padre, que en paz descansa, el pobrecito, y lo poco que se parecía a su hermano, un hombre a carta cabal, que en gloria esté, también.

Había llegado la hora de salir a la calle, pensaba, mientras arreciaba ella en una marejada de quejas y lamentos, hincada de rodillas, bisbiseando oraciones ante el santuario de vírgenes y santitos, animados por los cirios *made in china*, adorando el tríptico de juguete, en cuyo centro su hermano vegetaba, impasible, sereno, uniformado, para siempre jamás, dios tutelar del hogar vacío: su foto empañada de cera fría.

Tocaba deambular sin rumbo fijo, pero con la extraña certeza de que acabaría transitando por las mismas calles, parándose ante los mismos escaparates, mirando los mismos rostros sin forma, respirando con la misma cadencia. Traspasaba el portal, saludaba al vecino de costumbre, remontaba la Calle de la Unión, difuminaba con el rabillo del ojo la entrada de la mezquita, un murmullo de rezos amortiguados en la calma de las alfombras, rodeaba el Centro Comercial, sus promesas de felicidad buriladas en los rótulos de neón, ignorando por una vez la escandalera de sus escalinatas, con tantas niñas maqueadas y tanto guapo andrógino de los que ahora se llevaban.

Bajaba luego por el Paseo de los Tilos -dónde no había por cierto sombra ni espectro de árbol alguno- las taperías, las tiendas de muebles, las inmobiliarias, los locutorios llenos de madres cansadas, la Cruz de Humilladero, en el corazón de la rotonda grande. Los viejos uncidos a sus bastones bebiendo los últimos rayos del día, allá, en los bancos; la loca que cantaba copla desgañitándose, ya en el Camino de San Rafael y, al final, el paso de peatones justo enfrente del portal, el niñato que amagaba insolente con el Audi, ofendido porque intentaba cortar el paso raudo, la cabalgata por las escaleras -ejercicio bueno para el corazón- la

llave hurgando en la puerta, el pasillo de entrada con la lámpara de pie encendida y, al fondo, en el salón, mamá, como siempre, hipnotizada frente al televisor.

La noche cerrada, como todos los días, en su círculo de serpiente.

Pronto se instaló en el barrio la calma chicha del estío, una suerte de tiempo aminorado, una sensación de gozosa provisionalidad animada por esa luz que a duras penas rompía en tonos cobalto y malva a unas horas que serían inverosímiles en las latitudes del frío. Él vivía todas las luces del día, tantas como rutinas con las que zurcir el descosido de su vida.

Por la mañana, en la claridad de cristal, abandonaba el piso, se enjuagaba la cara en la brisa que venía del mar, hacía la compra en el supermercado, curioseaba en los escaparates de las jugueterías o manoseaba algún coleccionable en el quiosco. A veces se pasaba con su madre por el médico de cabecera, trasegando con recetas rojas e historias tristes sobre dolores articulares, alteraciones del sueño y demás patologías del olvido a las que la doctora respondía con gélidos monosílabos y, en todos los casos, con un ibuprofeno cada ocho horas y un biolactan antes de acostarse. Después hacía la visita ritual a la ETT -es una pena, pero claro, para un licenciado en Historia aquí no hay nada. ¿Tienes el carné de camiones? ¿Has pensado en hacer algún FPO? ¿Y el curso de guardia de seguridad?- o se pasaba por la oficina de empleo para sellar.

En la sobremesa, sesteaba en el sofá, sentía el tiempo adherido a la piel, la jaula de grillos de la telenovela, los ronquidos de su madre, la luz derretida sobre las persianas y el traqueteo del ventilador que invadía el duermevela en imágenes absurdas con vocación de pesadilla.

Y al caer la tarde, cuando los árboles del barrio bullían de pajarillos y los parques se estremecían bajo el trajín de la chiquillería, la luz se teñía de una ternura infestada de bochorno, y él daba un paseo hasta el Centro Comercial, tan fresco y aséptico, tan displicentes las muchachas, de boquitas apretadas, caderas

de insolente cadencia y tetas como piedras de silicona, a veces de la mano de sus novios, chulos de discoteca con las camisetas ceñidas trasudando el acero lampiño de los torsos, el verbo vulgar, las gafas enormes cubriendo las cejas depiladas. Y las cuarentonas de pupilas acezantes, y los inmigrantes con hambre de consumo atrasada, y el abuelo que paseaba ensimismado y los niños con sus risas de diamante que sorbían granizada de limón o lamían cucuruchos de chocolate, a resguardo de la suciedad, la imperfección y el miedo, todos al cabo en ese simulacro gozoso de la felicidad.

Por fin, cuando la noche relajaba las tensiones del día su madre se prosternaba ante el altar doméstico. La televisión seguía encendida, vociferante, y una mujer bella y glacial decía siempre algo sobre el inminente ataque a algún país incomprensible y después hablaba sobre la crisis de no sé qué, entre imágenes de niños muertos envueltos en sudarios y procesionados por turbas enfurecidas que disparaban al aire, entreveradas con perfiles de hombres de hielo que defendían la doctrina de la guerra nuclear preventiva; su madre seguía murmurando entre preces a su hermano, elevaba el tono al fin y en un minuto tras la publicidad hablarían del crack inmobiliario pero antes vendían un móvil de última generación o un carmín de labios que encendía el deseo en un beso de feromonas y llegado ese momento, justo antes del anuncio de la última telenovela venezolana, sabía que tenía que escapar.

Fue esa misma noche cuando encontró su nueva misión. Había paseado hasta los confines del Paseo Marítimo de San Andrés, sentándose en la orilla de la playa, en un silencio de liturgia, acunado al ritmo de las espumas. Estuvo allí hasta que el crepúsculo no fue más que una línea encarnada dónde parpadeaban las luces de los pescadores.

Tras un largo rato se puso en pie, se sacudió la arena, deshizo lo andado, sin prisa pero sin pausa. Atravesó Huelin y pasó el puente nuevo dejando a un lado

la agitación de la estación de tren. Sintió el escalofrío de las recriminaciones y lamentos de su madre, los "*a ver si trabajas ya, que eres un inútil*", o los "*y ahora cómo hago yo para llegar a final de mes, con esta pensión de mierda*" y por supuesto el "*¡Cuándo te vas a poner a opositar, so pedazo de flojo!*" y viró hacia aquel solar abandonado, escondido tras el Centro Comercial. A partir de entonces llegaría más tarde, y tendría un buen pretexto.

El solar de los gatos no era más que un irregular triángulo abandonado al capricho de las gaviotas y la resolana. Arrasado en buena medida por las máquinas, a la expectativa de un rutilante futuro como *promoción de viviendas de lujo a precios irresistibles*, estaba acotado en sus tres cuartas partes por una tapia maltratada por el salitre y las pintadas que la cubrían como un tatuaje carcelario. Precisamente en la parte que el Ayuntamiento dejara al descubierto y al socaire de las vallas metálicas que la cerraban, se veían los cachivaches que la historia dejara en su interior: una casa semiderruida que con buena parte de su tejado intacto conservaba estancias ocultas, revueltas con los muros de mampuesto y ladrillo cedidos al cansancio del tiempo y a la tenacidad de las ratas. Una solería de los años veinte que aparecía en retales por el erial, y que en los días de lluvia brillaba como un cielo pulido bajo un falso techo de estrellas. Y, justo enfrente, como un tótem antiguo, un hermoso ficus, con sus ramas retorcidas, su sombra dulzona y sus enrevesadas raíces clavadas en lo hondo de los siglos.

El resto de la explanada se perdía entre matojos achicharrados por el terral y arbustos que verdeaban en las noches de Julio, destacando, entre todos ellos, una planta trepadora que, alentada por una humedad oculta se enrollaba en los pilares de una valla publicitaria clavada en una de las esquinas, ascendiendo hasta mesarle las barbas a un muñeco de guiñol que, con su sonrisa de trapo prometía desde el silencio del cartel una comprensión infinita para los que *no llegan a final de mes* a cambio del sencillo gesto de depositar el voto en una urna.

Pero no era esa arqueología lo que a él le interesaba, sino las sombras de vida que anidaban en su interior, esas criaturas sutiles y esquivas que lo miraban desde el pedernal caliente de sus ojos, que correteaban de un lado a otro con expectante sigilo, que lo acechaban con curiosidad, tan cerca y tan lejos, prestas a la evasión por entre los recovecos, tan hostiles a la caricia como contemporizadoras con aquella presencia que quizás tenía algo que ofrecerles.

No le llevó mucho tiempo identificar a todos los gatos. Bastaba con dejar el tráfago de la calle, traer la bolsita transparente con la pitanza -carne blanda y pienso, así como una botella de agua fresca que escanciaba sobre una garrafa seccionada que hacía las veces de improvisado bebedero- y esperar a que, suspicaces aunque hambrientos, con aristocrático desdén, se acercaran al rancho, lo miraran con reserva, detectaran su olor a comprensión, y empezaran a comer.

Desde entonces el encuentro se repetía todas las noches, dilatándose el suficiente rato para que la tensión arterial bajara a un límite capaz de soportar el permanente duelo acusatorio de su madre.

Poco a poco fue conociendo las interioridades de la comunidad gatuna, su *pathos* colectivo, pero también los esbozos de personalidad que, a pesar de su condición de felinos incapaces de reconocerse en un espejo, permitían diferenciar los caracteres de cada criatura. La fría determinación de Wili, el macho rubio y desdeñoso que lo saludaba con un giro imperceptible de la cola, y que montaba hembras con tanta eficacia como circulaba por la calle, con un sentido de la urbanidad y el decoro - pues trotaba por las aceras y cruzaba, mirando de hito en hito, por el paso de cebras- que muchos adolescentes del barrio envidiarían. La gata sabia, tan ágil y cariñosa, la única del grupo que se acercaba a saludarlo y le restregaba el lomo entre las pantorrillas o el gato ruso, un viejo sicario tuerto que, a pesar de la dureza de índigo de su único ojo, cedía siempre el puesto al gato Wili a la hora de comer.

Eran de hecho un grupo permanente y hecho a la dureza de la calle, a las pedradas de los niños, a los puntapiés de los mendigos, a los atropellos que tan a menudo laminaban algún espléndido ejemplar contra el asfalto reconcentrado del mediodía.

Se instaló así en una rutina nueva y consoladora, con la complicidad de su madre a la que prometió ofrendarle una cría para despistar la soledad.

Oye, hermano, perdona que te moleste. Sí, ya sé que hace mucho que no hablamos, pero digo yo que tiene que hartarte un pelín tanto rezo y tanta cera, coño, que te veo desmejorado, con esa palidez de iglesia que tienes en lo alto. No me digas que no te hartas del coñazo de mamá. Reconócelo, ni muerto te deja tranquilo. Ahora tienes que protegernos, y cuchichearle cosas entre sueños, y darle consejos, y aparecerte entre los arcanos de las barajas. No sabes como está con lo de las echadoras de cartas. Le han dicho que voy a estar bien situado, a tener dos hijos, cuatro matrimonios y una vida feliz, y ella, aunque no se lo cree, lo simula, acoquina los 30 euros y se calma una semanita. Sí, claro, ya estás con lo de siempre. No es tan fácil... no, tú que sabrás de oposiciones, si a la policía nacional entra cualquiera, coño, lo único relevante es la física. Mira, que son setenta y tres temas y luego apechuga con los niños. Sí, pero una clase de instituto no es un cuartel... tienes que ser una mezcla de alfabetizador de la ONU y funcionario de prisiones, te sacan una navaja, se ríen en tu cara, y si llamas a los padres, pues te dicen que los eduques tú, que para eso te pagan... No me jodas, con una placa y una pipa es muy fácil tener autoridad. Entiéndeme, no es que sea flojo, hermano, es una inconsistencia del carácter, un fallo estructural del alma, o una falta de pelotas, llámalo como quieras.

Yo lo que quería era hablarte de los gatos... ¿Y que tiene de malo? ¿Qué quieres que hablemos de la crisis? ¿Pero tú no eras apolítico? No te enfades, coño, ya sé que no eres veterinario, aunque, otro día te cuento lo de las crías. Son

dos lucerillos que te queman entre las manos. La madre me deja cogerlas. Que cosa más chula ¿eh? Pero bueno, te quería consultar sobre tu especialidad, sí, sí, un tema de seguridad. En el solar no sólo hay gatos, ¿sabes? Sí, son varios grupos, verás: están los yonquis, están los rifeños, el hombre negro de la entrada, la preñada brasileña, los hermanos mendigos... y los chaperos de los domingos. ¿La albaceteña de papá, dices? Bueno, papá me enseñó a manejarla. Sí, y lo que más que gustaba era el cataclack que hacía el muelle al abrirse, como la navaja de Curro Jiménez, sí, es el arma perfecta para hacerla brillar... ya, ya, como último recurso... Mira, te dejo que... ¡Sí, sí, ya voy! Mamá, no grites más, ya está, ya está. ¡La tortilla *liá* también está buena fría, coño!

Efectivamente, no sólo había gatos. Entre las matas y escombros lo acechaban ojos de penumbra. Como una lluvia de alfileres que le golpearan la nuca, las torvas siluetas le obligaban a volverse, saludar con un metálico buenas noches, soltar la comida sin dejar de espiar a su alrededor, la sonrisa casual, las manos tan prestas a la caricia como a la crispación, a veces tanteando la navaja, el frío de la hoja y el rubor sanguíneo en las cachas de nácar y oro. Pronto aprendió a distinguir los matices de las sombras. Desde la hosquedad de los yonquis hasta la mal disimulada agresividad de los rifeños pasando por la cordialidad de algunos mendigos desfaratados, el solar parecía una pequeña ciudad de los milagros, una suerte de contrasociedad que mudara a lo largo de las horas su infinita piel de serpiente, una broma macabra abocetada por un genio del barroco en el papel de limpiarse el culo.

Las diferentes cofradías con sus hábitos y actividades luchaban por encontrar su lugar en el mundo. El decrepito matrimonio de yonquis, que, con sus aspavientos, carreras y febriles agitaciones, basculaban entre el síndrome de abstinencia y el negocio, pues surtían a otros visitantes de su jaez que ocasionalmente aparecían de allende el barrio; los rifeños, en número de cuatro,

oscuros y audaces como rapaces jóvenes que sobrevolaran un cielo calmo en busca de presa, hasta que el cabrilleo de las navajas enarboladas por los diligentes cónyuges despejaba toda duda sobre la propiedad de los medios de producción; los mendigos que acumulaban en sus carritos de la compra enseres de dudosa utilidad, pantalones, neveras de playa cascadas, cartones de Don Simón a medio beber y demás delicias culinarias; El hombre negro de la entrada, educado como un ujier tachonado de botones, la mirada polvorosa, la sonrisa perdida en el corazón de las tinieblas, sin duda una persona marcada por una estrella terrible, un héroe homérico victorioso en su travesía por el infierno, sentado siempre al atardecer en una silla de playa, el transistor arrimado a la oreja, tarareando canciones sin melodía que nacían de lo hondo de una voz desesperada.

Y luego los que estaban de paso, gentes desclasadas que huían de sí mismos, bultos arracimados bajo la copa del ficus como palomas mojadas al cobijo de la tormenta. Desplegaban sus esterillas de cartón, se arrebujaban tras alguna manta o saco de dormir descosido por el uso y se aprestaban a pasar la noche a resguardo del relente. Los gatos se sabían seguros entre ellos, y no era extraño ver a Wili pasear su señorío entre las sombras en pos de una rodaja de chorizo o a las nuevas crías despertando carantoñas entre algunas chavalas.

No pasaría mucho tiempo hasta que aquella gente aceptara su presencia excéntrica. Aunque en el imaginario popular la afición por aquellos bichos callejeros era más propia de viudos nostálgicos, viejas locas o mujeres hambrientas de maternidad, lo cierto es que su cordialidad y maneras discretas le granjearon pronto la favorable indiferencia de los parroquianos. En todo caso, si el buen talante no era suficiente siempre le quedaban la doble y convincente herencia que su padre le dejara: el mentón cuadrado y duro que encajaba a la perfección bajo los ojos precisos, la estatura holgada y la navaja de Albacete que

se acoplaba a su mano con pasmosa naturalidad. Buena fachada, en cualquier caso, para ocultar las incontables debilidades del alma.

Hay que reconocer que la palabra gilipollas estaba bordada con letras de oro en el pellejo de tu corazón desde el instante mismo de tu concepción, hermano. Siempre de chico tuviste esa carita de no haber roto un plato en tu vida, insulso como un melón de frigorífico. Eras tan bueno, y mamá te llevaba a misa, y a los tronos, y te hizo tan suyo, tan melindroso y educado, con esos ojos de gominola que tenías, tan guapo y tan fino al decir de las vecinas envidiosas y de la viejas nostálgicas de un barrio color sepia que nunca existió. Me acuerdo cuando te endomingaba con esos pantalones color caca, cortitos, como de tonto del pueblo y se reían de ti los niños del barrio, y tú te hacías el meditabundo, con ese aire lánguido y distinguido, aislándote en los recreos, haciendo como que leías, primero, con el correr de los años leyendo sin entender nada. Luego llegó el bozo, el estirón, el despertar de las hormonas, las sábanas mojadas al amanecer, todas esas cosas y cuando te sentiste hombre, tras una corta búsqueda que incluyó una efímera inmersión en el *heavy metal* te dio por las fuerzas del orden, te reinventaste con la pasmosa plasticidad que da el no tener pasado al que traicionar: el cabello bien rasurado, el polito de manga corta, el pantalón de pinza *beig* o blanco, la mirada adelantada a su edad, el torso bello decantado por las pesas, campeón de gimnasio inasequible al desaliento y a la tentación de los esteroides, espejo municipal del virtudes. Te imbuiste del realismo social de la tele, empezaste a acabar las palabras y a hablar fino como los secretas de las sobremesas de Telecinco, te apuntaste en aquella academia y te veías ya embutido en el uniforme, condolido por la dureza de la labor de los antidisturbios, con frecuencia rodeados de desalmados que los apedreaban aprovechándose de su superioridad numérica, mentándoles la madre a los voluntariosos muchachos, perforando el metacrilato del buen orden con sus

tornillos e improprios en lugar de protestar civilizadamente, como los banqueros, ministros, obispos y la gente de bien, depositando serenamente su voto en las urnas cuando dé lugar, escogiendo a su gusto en el menú del día de la libertad. También te dio por cultivar un humanismo paternalista, imaginándote a ti mismo como desfacedor de entuertos, campeón de viudas, protector de huérfanos, salvador de honras, benefactor de putas, etc. en los márgenes de nuestra opulencia, en esos barrios de nombres sucios o evocadores en los que los códigos de la civilización no valen y el kilo de hombre se vende a peso de plomo o de polvo blanco. Eso fue antes de que aprobaras y te asignaran destino, antes de aquella noche en la que traspasaste el umbral del tiempo para convertirte en Dios como los Césares y atormentarme con tu recuerdo postizo en este culto del que ni siquiera yo puedo escaparme, ya me ves aquí, hermanito de mi alma.

Lo peor de ti no es lo que nunca fuiste en realidad, pues eso de la ontología del ser es cosa de anacoretas y filósofos, no de quiosqueros, madres y pescaderos, que a lo que atienden es a la tramoya del comportamiento y al bienestar de la apariencia. Lo peor es que tu máscara marcó mi propio límite, pues te apoderaste del escenario de tal forma que yo me quedé sin mi parte del guión en la comedia de costumbres, ya que ni podía ser un secundario en condiciones, ni un digno apuntador de tus grandezas de arrabal ni tampoco un espectador bufo del teatrillo, como el pobre papá, tan devaluado en nuestra nueva religión doméstica y tan necesitado de alguien que lo reivindique como el lúcido Dionisos perchelero que en fondo siempre fue, el gran dador de la vida y el exceso, coño.

No hermano, la culpa la tienes tú, por ser tan estirado. Si fueras un tío sencillo -qué menos en este sitio de mierda, en este vergel de ladrillo y balcones- no me habrías calentado... claro, claro, ahora me pones esa cara de santito bizantino, para que me sienta culpable. Eso valía con mamá, como cuando rompiste el camión de Rico y me echaste la culpa a mí, o enterraste viva a la Barriguitas de la prima en el helecho grande del patio de la abuela, ¿te acuerdas? Pero aquí

estamos los dos solitos, amigo, y sabes que lo que te digo es cierto. Conque así que ahora me vas a escuchar, que para eso eres una autoridad. Efectivamente, vas acertando... pues para mi sí que son importantes. Y me preocupan, especialmente las crías. Calla y escucha, coño. Así me gusta...

El aire crepitaba como una tostada recién hecha la noche de terral en que las crías aparecieron para comer. Ya sabía de su existencia, pues días atrás había escuchado sus maullidos de juguete entre las hierbas. Se adivinaba también su voracidad de lactantes en el andar descuidado de la gata sabia, su pelo de ceniza triste, las costillas marcadas por el desgaste de la maternidad y en el chispazo de alerta que, de cuando en cuando reverberaba en sus pupilas de reptil.

Era el mes de Agosto, había sitio para aparcar en cualquier calle, las tiendas estaban más vacías que de costumbre y el reloj de las cosas parecía amodorrado bajo un sol clavado en su delirio cenital. La feria se aproximaba, el aire tintaba de sudor la ropa, su madre se quejaba más que nunca y la demanda de aire acondicionado se volvía angustiosa. En la feria me busco algo en un bar y con lo que has guardado de la paga extra del verano... sí, con esa mierda, algo se podrá hacer, mamá, no te pongas así... pues bien, juntamos unos eurillos y ponemos una máquina de lo más baratito que haya.

No obstante, la atención de las crías era urgente. Diminutas, el caminar titubeante y los ojillos rasgados intentando ordenar la realidad, convenía surtirlas de un extra alimenticio que garantizara su supervivencia al tiempo que permitía la recuperación de su fatigada madre. Eran, todo hay que decirlo, cuatro animalillos que seducían a la gente del ficus con su descarado tierno y su cándida impudicia. La presencia de algunas muchachas y el sorprendente rescoldo de ternura de la esposa yonqui le infundían tranquilidad, aunque convenía que siguieran cultivando la suspicacia ante los humanos y el gusto por los rincones inaccesibles. Una de ellas era negra, otras dos de un blanco puro y lustral y la

última parecía un peluche color de amanecer remojado en un descafeinado. A ésta última la llamó provisionalmente Café con leche, y pronto se convertiría en su ojito derecho, pues, a despecho de su naturaleza felina, tenía una sensibilidad especial al tacto de los dedos humanos y una intuición innata para leer la pureza de los niños, la soledad de los viudos y la melancolía de los viejos. Con un poco de suerte algún vecino del barrio o alguna novia arrobada acabarían llevándosela en su regazo a un destino casero alejado de aquella incertidumbre.

Pero, mientras tanto, había que asegurarse. Por eso trajo algunas latas especiales para gatitos chicos, reforzó las raciones de pienso para la gata sabia y añadió alguna *delicatessen* de salmón y atún para los varones (el gato Wili y el esquivo sicario ruso) que de cuando en cuando, tras una aventura galante o alguna trifulca callejera se dejaban ver por la explanada.

Fueron días de un cierto relajó, pues a su madre se le ablandaba el corazón con esas historias y la bilis que le quemaba las palabras desaparecía un rato. Sus diatribas se remansaban y el culto al hermano se relajaba en su rigor.

El riesgo, no obstante, persistía, especialmente en la carretera, que habría de cobrarse la vida del gatillo negro y una de las blancas ante el estupor de sus hermanos, desorientados, gimientes, sus naricillas alzadas al aire, oliendo la muerte aunque no pudieran entender el sentido de su silencio. También estaba la amenaza de cualquier enfermedad de las que devastaban su raza, como el ictus urinario, capaz de fulminar en cuestión de horas a cualquier adulto hermoso y membrudo o el sida gatuno, de cuyo nombre y efectos prefería no acordarse. Todas estas cosas le daban dolor de estómago y le embarraban la siesta. De todas formas, en aquel basurero era a los hombres a los que había que temer.

Como te digo, hermano, el tío estaba allí, dando vueltas, nervioso perdido, agitando un palo grueso y astillado. Llevaba una camiseta de tirantas llena de lamparones, un tatuaje astroso en el brazo, la cara chupada y las mejillas de puro hueso, con unos ojos chicos y mezquinos que me querían comer. Estuvo

golpeando con el palo los matojos y una tela metálica, y yo entendí muy bien lo que quería. Así que hice misi, misi, misi, me puse en cuclillas, vinieron los gatillos, tomé una lata de atún y eché mano de la faca. La abrí con ceremonia, hizo el crack-crack reglamentario, la usé de abrelatas y removí el atún con la punta de la hoja. Lo eché sobre el papel del embutido, las crías se abalanzaron como fieras, desmayaditas, miré de reojo al muy hijo de la gran puta y le sonreí, muy franco, pero apretando las cachas de mi amiga. Calculé rápido, y me dije que si se acercaba bastaría con un tajo abierto en la frente y otro de reflujo en la cara para poner las cosas en su sitio. Total, que el tío tuvo que entender el mensaje, porque soltó el palo y salió que se las pelaba... y a mí lo que preocupaba era que se vengara y envenenara a los gatos... ese tío quería implantar allí su feudo, hermano, no estaba de paso, y tú que eres madero deberías ser el primero en darte cuenta, alma de cántaro. Le cobraba unos euros a los enganchados por el derecho a picarse, a los chaperos por hacer sus labores en la esquina más cubierta, y hasta hizo amago de acercarse a los del ficus, aunque sin éxito. Plantó su oficina en la entrada, se trajo una mesa de playa y una silla, e intentó echar al negro educado, pero éste se limitó a mirarlo muy fijo, como si no lo viera, le sacó un cuchillo de cocina y dijo algo en sabe dios que idioma. El hombre negro miraba más allá de la materia, hermano, como si el tío hubiera hecho un tour por el otro mundo y estuviera de vuelta de todo. Me da pena ese hombre. Pues, total, que una noche le quemaron la oficina y le sacaron unas tajaditas la parejita de yonquis que llevan el negocio... sí, ése, el que va contra la salud pública. Eso me lo contó una de las viejas que traía pitracos a los gatillos, señalándome el charco de sangre o lo que quedaba de él, que el terral no perdona.

Es un sitio peligroso, hermano... ¿Cómo que por qué voy allí? ¿Y quién se iba a encargar de esos pobres bichos? Alguien tendrá que hacerlo, ¿no?... Ya estamos otra vez con lo mismo, siempre queriendo salvarme... Me voy a poner con ese temario cutre pero por no escucharos a ti y a mamá, nada más que por eso. Siempre con tus lecciones de moral, siendo un tipo tan palurdo y cutre. Sí, cutre,

siempre has sido un cutre... ¡Eso quisiera yo, ser como papá! Por culpa vuestra me quedé en el limbo en el que estoy. No quiero ser como tú y no puedo ser como él. Y al final, ¿qué soy?

¡Y yo que culpa tengo de que en este país de mierda no haya trabajo, coño! ¡Qué culpa tengo yo de no ser albañil o no tener un padrino, o no servir para la política! ¡Hasta cuándo tendré que llevar la marca de la vergüenza de haber estudiado!

Pobre papá, pensaba con frecuencia, cuando la nostalgia se le enroscaba en la garganta, los ojos se le llenaban de sal y la mala leche le torcía la vigilia. Su padre era para él un olor penetrante a Barón *Dandy* remansado en un lecho de tabaco negro, una cara morena y pícara con trazas de biznaga en el fondo de los ojos, las mismas que bailaban en su sonrisa y nacían entre sus yemas las noches que mamá lo esperaba furiosa y sonámbula, maldiciendo su suerte, macerada en su rabia, recocida a fuego lento, y él aparecía con el relente enredado en los cabellos y la camisa blanca desabrochada, le daba un beso de hermano en los labios, le decía te he traído unas biznagas, ponía las flores en un tarro de cristal y se disculpaba como si tal cosa por la inercia que las juergas flamencas suponían y las obligaciones que la amistad conllevaba. Luego venía el estallido de lágrimas tras las puertas cerradas, el tono susurrante y cálido de él y tras un largo toma y daca el murmullo de risas y golpes que sucedían a la paz del amor y dejaba un residuo de electricidad en toda la casa, la piel de gallina de los dos hermanos, la respiración agitada bajo las sábanas, los ojos como platos en la oscuridad del dormitorio, sin atreverse a decir palabra, el tic-tac del despertador acoplado a sus corazones.

Era el gigante cálido y cariñoso de la infancia, la voz grave que alternaba a un Becquer en sus rimas más desesperadas con un tarareo del Torito bravo, a un Mi carro me lo robaron con la elegía a Ramón Sitjé, a una disquisición sobre la

corona de los reyes godos con una historia salaz de los Percheles o una anécdota tabernaria de sus tiempos de marinero en Guinea.

Era también el obrero laborioso que echaba horas extras en la hilatura, que veía mermar sus oídos por el fragor de las máquinas, que se quebraba las uñas por la felicidad de sus niños cuando llegaba la Navidad y la casa se colmaba en una obscenidad de turrone, mantecados, langostinos y jamones que exorcizaban un hambre de generaciones. El hombre, en fin, que los sentaba en sus rodillas y les enseñaba la enciclopedia pagada en infinitos plazos, la palabra secreta, el mapa en papel satinado, el general victorioso, el olor puro del saber nacido de la página de un libro cuando se abre por primera vez.

Prefería recordarlo así, en la plenitud de sus treinta y pocos años, perdonándole sus defectos, ese egoísmo inveterado de los hombres antiguos, esa rigidez en el control de la hembra y esa laxitud en el dominio de sí mismo, ese olor a colonia de mujer que mamá nunca usaría y que a veces no podía camuflar. Mejor, y olvidarse de la caricatura en la que se convirtió, de la ciénaga en la que chapoteó los últimos años, cuando lo de la quiebra de la fábrica, cuando se consumó el destino de su hijo mayor en aquel stop de mala muerte, cuando empezó a vomitar sangre y las pupilas se le enlodaron con rencores antiguos y nuevos.

Viernes noche, viernes de fuegos, el día inaugural de la feria. Todavía el verano se resistía a reconocer su madurez a esas horas en que el metabolismo de la calle se aceleraba. Los niños vociferaban más que nunca, las motillos extremaban su audacia infractora, los coches se dejaban en doble fila ante la permisividad de los municipales y las muchachas saturaban las peluquerías mientras el movimiento ascendente de la vida parecía encaminarse hacia el lado oculto del horizonte, allí donde la medianoche estallaría en una alegría de estrellas, espirales, soles y cometas. La tormenta atronaría en lo alto de la Farola,

los perrillos se esconderían bajo las faldas de sus amos y sólo las cucarachas merodearían a sus anchas por el firme aún caliente, con esa indiferencia que da sentirse las únicas criaturas de la tierra capaces de sobrevivir a una hecatombe nuclear. También se recitaría un pregón enardecido en el balcón del Ayuntamiento, puesto en boca de algún hijo pródigo bendecido por la fama o de algún político que todavía no hubiera conocido a la Fiscalía Anticorrupción, que declamaría, la voz rota por la algazara, las excelencias de la ciudad del aguardiente, de las mujeres bonitas y de los hombres valientes, la muy bella, muy hospitalaria, muy leal, siempre la primera en el peligro de la libertad antes de que los altavoces quedaran sofocados en el alboroto de los vivas, los cohetes y la pólvora, y las sangrías y litronas engrasaran las gargantas del gentío.

En su casa la tele relampagueaba en la oscuridad del salón y su madre seguía las evoluciones de la pantalla con el fervor de una cobra amaestrada. Aunque decía estar asqueada de la programación, lo cierto es que no era capaz de levantarse del sillón y cuando lo hacía obligada por sus más urgentes necesidades dejaba la impronta mojada de su silueta en la tela del respaldo. La polémica era agria, pues, en un sesudo debate entre maricas emplumadas y folclóricas rescatadas de los fondos del Museo de Historia Natural, se dilucidaba la orientación sexual de una diva de la canción española, así como sus tejemanejes inmobiliarios y fiscales. Los invitados se atropellaban unos a otros con exclamaciones, insultos y zafiedades salpimentadas por la verborrea de un cincuentón alcohólico que decía ser periodista. El público celebraba sus ocurrencias entre risas estentóreas y aplausos de simio y únicamente las pausas publicitarias impuestas por el moderador -un figurín metrosexual locamente enamorado de la cámara- parecían introducir un poco de cordura. Al final, tras quince sesiones de anuncios de lavadoras, condones, desodorantes y helados, una de las interpeladas hizo la gran confesión que todos esperaban, se alumbró un silencio de Getsemaní, miró serena a los espectadores y dijo que sí, que se habían amado, que había sido la relación más importante de sus vidas, y que ella

lo había sido todo para la susodicha, y, para qué negarlo, que se habían comido el coño con frenesí.

¡Qué asco de vieja, hijo mío, qué guarra, por Dios, que vergüenza! Y que lo digas, mamá, me voy a la calle... no, no tardo mucho, un rato nada más... Eso mismo, que hoy toca ronda de gatos.

Como de costumbre bajó las escaleras de dos en dos. Abandonó su calle a paso ligero, remontó la Unión y cuando su ritmo empezaba a remansarse, pasado ya el Centro de Salud, apareció, inopinadamente, la gata sabia, el rabo animoso, las pupilas veloces, girando a su alrededor como una nerviosa peonza para culminar su círculo con un maullido de súplica y un roce amable de la cabeza contra sus rodillas. Le palmeó el lomo y rascó con suavidad su espalda, que se erizó de gratitud, el cuerpo arqueado en un gruñido de placer. Era ya la tercera vez que repetía esa extraña conducta, adentrándose en el tráfico de la calle, expuesta a una mala pedrada o a un chillido de llantas que llegara demasiado tarde. Abandonaba su república de suspicacias y silencios, se escapaba a buen trote y vivaqueaba por entre los cubos de basura o bajo las mesas de los bares. Si la necesidad apretaba su dogal con más rigor del deseado, se alejaba todavía más, perdiéndose entre las calles de los negros, buscando la piedad de los chiquillos o de los jóvenes vocingleros que discutían con aspavientos en los quicios de los locutorios o de las tiendas de ropa. Entre aquellas gentes venidas del hambre contaba con ocasionales solidaridades, aunque últimamente había llegado hasta allí llamada por su efluvio, un no sé qué indefinible que para una gatilla huérfana como ella debía ser lo más parecido al calor reconfortante de una madre.

Y no tenía lógica, porque raro era el día en que no abría la bolsa de la vida ante ella y sus crías, o, en su defecto, lanzaba su socorro desde el otro lado de la tapia, cortada de tal guisa que al caer al suelo se abría con tentadora naturalidad extendiendo los esteres del alimento por toda la explanada.

A no ser que alguien o algo estuviera quitándoles el sustento. Eso era lo que esa noche iba a averiguar y tenía al respecto inquietantes conjeturas. Así, podía ser que los yonquis les tiraran el agua y la comida, espantándolos con aspavientos, modo indirecto de hacer desaparecer a un testigo incómodo de su menudeo. El recurso al envenenamiento tampoco era descartable, pero temían acaso que ese tipo alto y extravagante decidiera saludar al respetable con su amiga afilada y hacer cualquier barbaridad. De un majara que dedicaba su tiempo a socorrer bichos piojosos se podía esperar cualquier cosa, que la gente era muy atravesada. Hipótesis por consiguiente a tener en cuenta. Estaban también los rifeños, con su vuelo rasante y sus incursiones. Insultaban por aquí, auscultaban por allá, amenazaban entre dientes, butroneaban alguna habitación abandonada y de cuando en cuando se llevaban un transistor o, si pecaban de imprudencia, alguna puñada en los morros o algo peor, como demostraban las salpicaduras rojas que aparecieron en algunas esquinas. Esa gente no dominaba el solar como para dictar sus políticas en tan delicado asunto. ¿Y los mendigos, o la gente del ficus? Respecto a los primeros, unos eran esquivos y fugaces y otros parecían vivir en una alucinación permanente, hablando con sus sombras y escupiendo contra enemigos invisibles. Y la gente todavía no afectada por alguna irreversible patología del alma estaba más bien de paso, de manera que no les negaban alguna vianda a los animales cuando éstos los rondaban. De entre toda la miríada de huéspedes del ficus conocía en realidad a muy pocos: a dos hermanos, un disminuido psíquico de vientre aéreo, estancado en la edad, protegido por un hombre rubicundo y macizo, de dicción agradable aunque con un dolor que acechaba en el fondo de los ojos; y luego la pareja de enamorados, un albañil valenciano que escapaba de algo, y una joven brasileña embarazada que se deleitaba en sus recuerdos infantiles de un prado incendiado de esmeraldas dónde su padre le enseñara el amor a los caballos, en un tiempo que ella idealizaba con toda la melaza de su acento, evocando una naturaleza de fábula empeñada en derrotar a los hombres. No tenía sentido que fueran ellos. La

chica era un encanto, el chaval no parecía mala persona -quizás excesivamente ingenuo, eso sí- y lo único que podía hacer al respecto era inquirirles discretamente sobre el asunto y recomendarles encarecidamente que abandonaran cuanto antes aquel vertedero de conciencias y buscaran el auxilio de los servicios sociales.

Lo que estaba claro es que esa noche, a más tardar después de los fuegos, tendría una respuesta, pensó, en el justo momento en que aparecía en su campo de visión el cartel electoral del solar y sentía el paso liviano de la gatilla a su lado y la contundencia de la faca en el bolsillo del pantalón.

Nuestra ruina se cumplió, hermano, el día en que el nuevo gerente llegó a la fábrica. Era un italiano joven, de no más de treinta años, de cabello engominado y ojos cortantes y fríos, camuflados tras el bálsamo de una voz conciliadora que parecía la del Papa Juan Pablo Segundo con veinte años de menos o diez copas de más. Puedo imaginar su porte relamido, el traje de destellos funerales, las manos como lápidas de marfil veteadas de azul; la estela grisácea que dejaba al caminar, el aura triste de mafioso desteñido por el exilio en un país boreal. Se encerró en su despacho y comenzó a hacer llamadas. Venía a maximizar los resultados, a mejorar la competitividad de la empresa, a modernizar su estructura, a jodernos vivos, decía papá. Era un hombre moderno, sin prejuicios, representante de aquel Fondo de Inversiones con sede en Nueva York al que nuestro gobierno regional tenía trincado de los huevos, con subvenciones reembolsables en caso de incumplimiento y estrecha vigilancia desde el Ministerio de Economía. Estábamos salvados, dijeron los más ingenuos. Nos van a poner el culo como la bandera de Japón, los más osados. No os metáis en problemas, dijiste tú.

En cualquier caso, había que confiar, decían los representantes obreros, insensibles a toda aprehensión, todo albricias y confianzas cuando apareció el

presidente del gobierno en plena campaña, repartiendo promesas y sonrisas, hablando de socialismo con esa voz de barítono, contando anécdotas que provocaban la hilaridad general, retratándose con los compañeros más fetichistas que le pasaban el brazo tras la cintura ceñida por la vieja chaqueta de pana.

Pronto vinieron los cambios. Las bajas incentivadas, las jubilaciones anticipadas, la doble escala salarial para los más jóvenes, los turnos del sacrificio al margen del convenio, la subcontratación para crear más empleo y optimizar los gastos, proclamaba el italiano.

Estábamos en un mundo nuevo, globalizado y muy competitivo, que exigía sacrificios para todos, y nuestro sepulturero que movía apesadumbrado la cabeza: ¡los chinos! y elevaba el tono en una plegaria, ¡los chinos! repetía, y parecía el santo Padre mentando a la bicha del comunismo ¡los chinos! Y se le apagaban las pupilas de halcón. ¿Cómo podíamos competir con los chinos?

Papá y los más viejos lo entendieron todo. Se encerraron cuando supieron que se iban a llevar las máquinas, exigieron un plan de viabilidad al Gobierno que incluyera la nacionalización, juntaron todas las voluntades posibles y resistieron lo que pudieron a pesar de la tibieza de muchos, de la traición de los esenciales y de la indiferencia de cabrones como tú, hermano, tan avergonzado estabas de papá que te sentías más cómodo con los antidisturbios que cercaban la entrada.

Sí, me gusta que lo recuerdes todo, punto por punto, pues los dioses estáis fuera del tiempo y los licenciados sin futuro andamos sobrados de él. Sí, no me vuelvas la cara, gilipollas, recuerda tu frialdad, la palmada en el hombro o el beso, o el abrazo que nunca le diste, ese olvido de taberna y mecedora al que lo sometisteis, ese recuento de agravios tan palpable en los silencios de las cuatro de la tarde como el minuterero del reloj de pared, ese arte del monosílabo con el que lo aislasteis del mundo, ella, y sobre todo tú, su primogénito, su hijo más querido.

Papá supo pudrirse con serenidad, como un barco viejo y noble, con el óxido corroyéndole las entrañas sin emitir una queja, sin un crujido, alcoholizándose sin alharacas, sin escándalos, apagándose como una estrella una vez consumido el combustible de su núcleo. La deslealtad de todos se lo comieron por dentro, y tu ascensión a los cielos lo acabó de rematar.

Pero, ¿Cómo te fuiste tú, hermano de mis entretelas? ¿Cómo se cumplió el martirologio del niño modelo, cómo fue que tus manos resurrectas levantaron la lápida, y se abrieron paso entre los pétalos de muerte de las coronas, tu familia no te olvida, tus compañeros de promoción no te olvidan, tu novia no te olvida y entonces tu carne renovada se elevó en los cielos cárdenos de los Asperones, ante el pavor de los seguratas del cementerio y la unción de los gitanos del poblado de enfrente?

Habías vuelto de la academia nimbado de prestigio, superando con méritos esas prácticas en la Costa del Crimen, como la llaman en Inglaterra, y te incorporabas a una plaza en tu localidad, con dos cojones, hermanito. Esa noche mamá te había planchado con primor el uniforme, que descansaba con su misterio eucarístico sobre una de las sillas del salón, para aviso de herejes e inquietud de maleantes, y me habías mirado con una ternura ensuciada de conmiseración. Estudia, hermano, estudia, o haz algo con tu vida, y fue esa la última palabra que te oí decir, confundida ya con el portazo metálico del ascensor y el ten cuidado mi niño de mamá. Te esperaba un rito de paso, la comida con los compañeros que pudiste reunir, los entremeses, el vino, el pastel de calabacín, el entrecot con guarnición y tras el pacharán y el habano el escándalo volatinero de la gran tarta que explota y de la que salen tetas, nalgas y piernas bamboleándose en una plenitud muy alejada del recato de esa novia opusina que te habías echado. La gogó te esculpiría el pecho con nata y te refregaría el potorro ensopado en colonia al son de *You can leave your hat on* y a partir de ahí pierdo el hilo de la tragicomedia. La cosa tuvo que ser más o menos

así: El calentón, el un día es un día, los guiños salaces de los compañeros, alguien que le pasa bajo cuerda un billetito a la chica, el coche que arranca con destino desconocido, ella que te acaricia buscando los resortes escondidos del placer, el Stop enmarcado bajo la luz polvorienta, el deslumbramiento, quién ha puesto las largas, el frenazo inútil, el alarido de ella. El silencio.

Y luego nuestro naufragio. La sala veintitrés, el féretro atragantado de flores, mamá con el corazón encogido, mi niño, tan sólo, tan frío, tan guapo, y papá como un molusco escondido tras el nácar quebrado de su concha, los apretones de manos, las palmadas en la espalda, los abrazos desconsolados, los "*la vida es una poca mierda*", los "*estaba de dios que fuera así*", los "*no somos nadie*" los "*pa morirse nada más hay que estar vivo*", en fin, todo el acervo necrológico recogido en un hábito de siglos. Al final, tras un tiempo interminable de tabaco, café solo, murmullos y quejas, el calor sofocante apagándose en un rescoldo de hipidos y quejidos, tu novia dormida en mi regazo, el rosario acordonado entre sus dedos de pianista, la pobrecilla.

Lo que nadie quiso nunca saber es que esa monería de dieciocho años, ese capricho de marfil y oro que reposaba contigo en la cuneta, no era tu novia o tu prima o ni tan siquiera una amiga. Tampoco quiso saber nadie el resultado de la autopsia, pues al parecer, hermano, en tu sangre había algo más que leucocitos y plaquetas. Pero nada de esto importa ya, sólo te lo cuento para que lo sepas, pues es sabido que los Dioses sotéricos, en el interregno que separa la muerte de la vida eterna y en la hora de su arrebatamiento, dejan la consciencia de este mundo y de lo que sucede con su carne mortal.

Cuando surcó la entrada con la gata sabia en su flanco, sólo Café con leche fue a recibirlo, sin que la gatilla blanca diera señales de vida. Le cortó el paso con un entusiasmo hogareño, y lamentó una vez más que alguno de los viandantes que en ocasiones paraban por allí no fuera más allá de los mimos y recogiera al

animalillo, que se arrebujo entre sus manos buscando la concavidad del lecho que nunca tuviera, raspó su barbilla con la lija tibia de su lengua, maulló en su oído y requirió la dosis de pienso que cada día le sisaban. Miró a su alrededor antes de dejar caer la bolsa que se desparramó de inmediato. Por un momento se hizo un silencio de carcoma, un ruido de fondo que nacía del inevitable triunfo de la incuria sobre la tenacidad de las cosas, ahogado casi inmediatamente por el quehacer de unas presencias escuálidas que removían con sus manos algo con destellos de plata, cuchicheaban entre sí, aspiraban, tosían aparatosamente y escupían el humo para de seguido ensayar arcadas contra los rastros y vomitar sin embozo sobre los escombros. Algún indigente trasteaba su ajuar doméstico en el fondo de una de las habitaciones arruinadas de la casa. Una brisa leve tonteaba con las hojas del ficus, bajo cuya copa no se adivinaba a ningún huésped. El solar estaba atípicamente vacío. Los fuegos artificiales ensordecían pronto el Centro, la pólvora cegaría a las muchedumbres y la algarabía, teniendo como epicentro el balcón consistorial, golpearía con sus ondas el Paseo del Parque, la Alameda y La Farola haciendo vibrar las esquinas, corazones y plazas de toda la ciudad; Y estaba claro que la distensión y la parranda universal era una irresistible oportunidad para los inquilinos del solar y su vocación por el sector informal de la economía. Durante esos días de oro, la mendicidad, el trapicheo y el hurto vivirían su particular bonanza.

Pronto entraron los hermanos del ficus. Saludó al hermano rubio -que le obsequió una sonrisa esquiva- miró de soslayo la barriga enorme del hermano disminuido y los vio perderse hacia su rincón. Al rato, y tras enjuagarse el cogote, las manos y los sobacos con el agua de una cacerola, el rubio salió más o menos maqueado a darse un garbeo, y se despidió con un hasta luego empachado en agua de colonia. Entraron también los enamorados, la perplejidad permanente en los ojos de él, la risa aterciopelada de ella que percutía en el tambor de su vientre hinchado. Lo saludaron, les reiteró otra vez la necesidad de que fueran a Cáritas o algún sitio por el estilo, prometieron sin falta hacerlo al día

siguiente, conversaron amigablemente y le contaron el rescate del gatillo blanco por cuenta de un guiri rosáceo que lo engatusó con mojigangas y zalamerías por mor de complacer a su novia, una gorda ciclópea que esperaba al otro lado de la tela metálica mientras se derretía de ternura y susurraba algo así como *pussy*, *pussy*, *little pussy* y dulzuras por el estilo.

Tras departir con ellos un buen rato, les dio un falso adiós, contorneó lentamente el perímetro de la tapia y llegando a una de las esquinas lanzó con ensayada precisión la bolsa de comida blanda que le quedaba y que siempre dejaba al irse. Empezaba entonces la fase final de su pesquisa. Buscó el rincón más oculto del muro -justo detrás de la ruina de la casa- se izó sobre su remate, tranquilo, sin hacer ruido, exploró las sombras del otro lado y se desprendió con precisión dentro del solar sin dejar en la oscuridad más que una leve muesca de su presencia, la tenue incomodidad de las hierbas bajo el peso de sus botas. Respiró hondo, se desperezó con sigilo, se levantó, rodeó lo que quedaba del lienzo de mampostería y se puso en cuclillas, a una decena de metros de la bolsa, expectante, las manos en los bolsillos, la derecha acariciando la cache de la albaceteña, la otra asiendo una linterna de los chinos, la respiración acompasada y las pupilas acuchillando la penumbra.

No pasó mucho tiempo hasta que algo que no era un gato se acercó a la bolsa. Una figura oronda se reclinó, se colocó a cuatro patas sobre el plástico desventrado, agachó el cuello y empezó a comer. Engullía con ansía mientras él se acercaba, estupefacto, andando con pie suave, sin querer asustar al neurótico comensal. Lo miró desde la tribuna triste de su 1.85 centímetros y sintió una desolación de lluvia cansada. El hermano disminuido levantó los morros enfangados de paté de atún y salmón, lo contempló con mansedumbre bovina y se retiró avergonzado sin dejar de limpiarse la comisura de la boca. A unos metros, como esfinges sedentes, los gatos esperaban su turno con resignada

naturalidad. La gata sabia, Café con leche, incluso el sicario ruso reconocían la primacía de ese nuevo campeón de su miserable cadena trófica.

Se encaminó a la calle, Café con leche enredado entre sus piernas, celebrándolo de nuevo. Traspasó uno de los rotos de la tela metálica, y de no haber sido por el repentino estallido de los fuegos, por esa guerra de mentira que se desarrollaba allá en lo alto, habría podido escuchar al atrasado hozar sobre los restos del paté. Una estrella roja de ocho puntas se congeló muy por encima del Centro Comercial, extática, en un momento de alborozo, antes de consumirse en un chisporroteo color de primavera. La brasileña exclamó admirada, y sintió su presencia justo detrás, enlazada con su novio, que sellaba cada uno de sus suspiros con un beso hueco. Siguieron así un rato, los tres en silencio, entre espirales de carmín, estrellas y cometas de buen agujero, el estampido siempre dos segundos después del culmen de la explosión, el placer diferido en un momento de inmortalidad, los susurros de amor de ella y la mano de él sobre la cintura grávida.

Se marchó sin decir nada e irrumpió al poco en la luz de arena de la Calle de la Unión. Sintió los bigotes de Café con leche en su cuello, la alzó un momento poniéndola a la altura de sus ojos, descubrió su sexo diminuto, se congratuló que fuera hembra, como su madre quería, le estampó un beso en la cabecita y le prometió que en cuanto llegaran a casa acordarían lo del aire acondicionado con mamá.

Antonio Bravo Carrasco
garibarde@yahoo.es

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009